

ILUSTRACIONES / PEPE RAMÍREZ

*Impreso en Cuba  
Printed in Cuba*

ANTONIO VÁZQUEZ GALLO

# NACHITO

*Primer premio del segundo concurso de  
libros de cuentos infantiles para niños  
La Edad de Oro, 1963, del Consejo  
Nacional de Cultura.*



EDITORIA JUVENIL / EDITORIAL NACIONAL DE CUBA

A mis hijos:  
*Antonio*  
*José Ignacio*  
*Ana María*

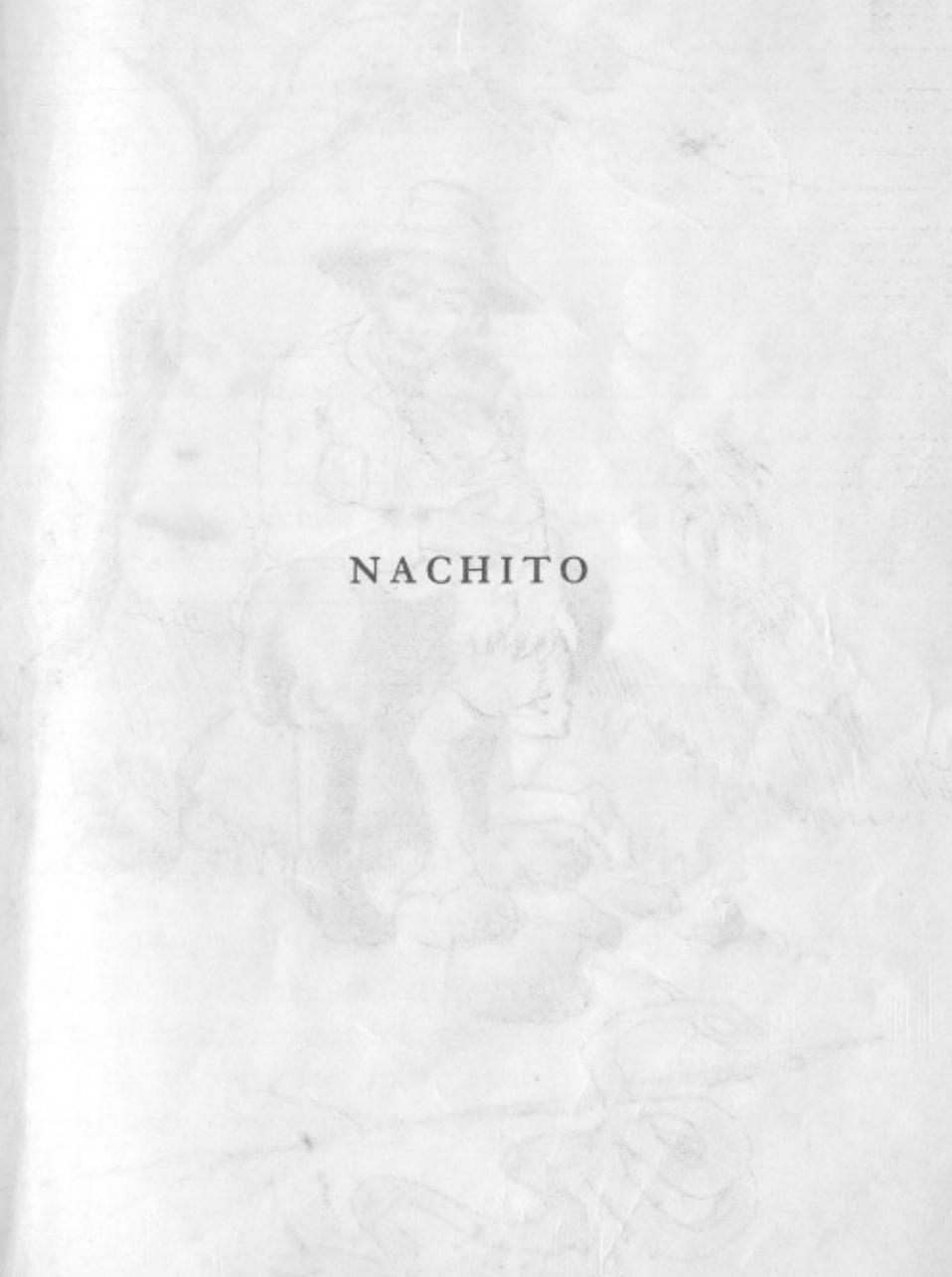
## ÍNDICE

I	Nachito.....	7
II	El río.....	15
III	La araña.....	25
IV	El fantasma.....	33
V	La pistola.....	43
VI	El ciclón.....	51
VII	Lágrimas.....	63
VIII	Los tomeguines.....	71
IX	El cumpleaños.....	81
X	La escuela.....	91

INDICE

I	Nachito	7
II	El río	12
III	En el campo	25
IV	El fantasma	32
V	La pistola	41
VI	El vicario	51
VII	El gusano	63
VIII	Los romeros	71
IX	El carpintero	81
X	La escuela	91

NACHITO





Nachito tenía casi seis años. Era rubio y flaquito. Parecía un güin, según decía su abuela. La abuela era alta y delgada, y de canillas muy flacas; tenía una voz chillona, como la de un querequeté. Ella quería a Nachito, pero Nachito “era malo como la quina”.

—Malcriado que está —decía al padre.

Y el padre:

—Tú eres la que lo malcria.

Vivían en un bohío de piso de tierra y techo de guano, en San Vicente, al fondo de uno de los hermosos valles de esa región y al pie de un mogote siempre verde y siempre lleno de torcazas y de ruisseños.

Además de su padre y de su abuela, Nachito tenía una mamá.

—Vive allá arriba, ¿sabes? —le decía a Julito, su primo. Y señalaba con el dedo muy para arriba, hacia donde se veían pasar las nubes blancas sobre el mogote.

El niño era casi feliz. Tenía un montón de gallinas, una guanaja con cinco guanajitos, guineas y dos

gallos “quiquiriquís”, de plumas grifas. Además, amarrada con una cadena por la cintura, una jutía conga, mansa y buena como un perrito, a quien llamaba Panchita.

Rodeado de este mundo maravilloso, ¿qué más podía desear Nachito? Pues, aunque no se crea, esta mañana él no era feliz. Tenía muchos animales: todos los de la tierra, todos los del aire; hasta un nido de frailecillos con cuatro huevos, en el prado donde pastaba la vaca. Y no era feliz. ¿La causa? Que entre todos aquellos bichos no había un majá.

El padre le había dicho:

—Un majá no es nada bueno. Da latigazos con la cola, y se come los huevos y los pollos.

Pero Nachito no entendía:

—Yo quiero un majá. ¡Ya está!

Y de ahí no salía. El padre, por broma, le había traído uno muerto; pero él, al ver que no se movía, no lo quiso.

—Ese está muerto y *horitica* apesta. Yo quiero uno vivito y coleando.

—¡Bueno; si encuentro un jubito, te lo traeré.

—No, no quiero un jubito; quiero un majá. Tiene que ser un majá ¡Ya está!

El padre se encogió de hombros y fue a traer agua del río en una pipa. Y, sin que él lo notase, Nachito

se montó detrás, saliendo del vara en tierra. Y cuando iba así por la guardarraya, vio en la rama baja de un mango un majá, durmiendo al sol. Quiso gritar de alegría, pero se contuvo por dos razones: porque el majá se podía escapar y porque el padre, que iba cantando bajito, lo regañaría por haberse subido allí, con lo peligroso que era. Se tiró al camino y se arañó un poco la pierna; pero era tanto su interés por el bicho, que ni cuenta se dio. En otra ocasión que no hubiera sido aquella, habría chillado como un demonio para llamar la atención y el corre corre de la abuela; pero ahora lo importante no era él, sino aquella serpiente enrollada en aquella rama que estaba casi al alcance de la mano. Desde abajo la miraba y se preguntaba:

—¿Cómo la cogeré? —Pensaba que era muy grande y gordo—. ¡Tremendo majá!

A él le hubiera gustado uno más chiquito, más al alcance de sus posibilidades, pero como no había otro más que aquél, tenía que conformarse. Lo miró un rato y le pareció que era, además de gordo y grande, bonito. La piel era guarapeada, con puntos azulosos donde le daba el sol.

—Como las plumas del gallo giro —pensó.

Quiso subirse al árbol, pero no pudo. Entonces, pensando y pensando, se le ocurrió lo del palo. Buscó uno y lo trajo hasta el árbol.

—Lo empujo, lo hago caer y lo cojo.

Alzó la rama seca y larga, que pesaba, y tocó al animal. Estaba bien dormido, porque no lo sintió. Volvió a pincharlo, ahora con más fuerza, y el ofidio comenzó a moverse remolonamente y a aflojar los anillos, contrayéndose como si fuera de goma. Y como estaba cabeza abajo, empezó a descender muy despacio, como si no tuviera prisa.

—Cuando llegue al suelo, lo agarro bien duro por la cabeza.

“Si alguna vez te encuentras con uno, cógelo bien recio por la cabeza”, le había dicho una vez su tío Paco. Verás que no se mueve”. Y su tío Paco sabía mucho de estas cosas.

El reptil, aunque despacio, iba descendiendo cada vez más y más, y pronto estuvo al alcance de la mano.

—¡*Cónfiii!* ¡Qué gorda tiene la panza! —pensó Nachito.

Y era que el animal se había comido hacía poco una jutía, o una rata, o un pájaro muy grande, y tenía como una hinchazón en la mitad del cuerpo. Y como estaba haciendo la digestión, se volvió a quedar dormido allí mismo, delante de los ojos asombrados del niño. Nachito, de puntillas y dándole brincos el corazón, se acercó lentamente a él. Alargó la mano. No sabía por qué, pero le temblaba. La retiró varias veces,

sin atreverse a tocarlo; pero, de pronto, haciendo de tripas corazón, alargó enérgicamente la mano y lo tocó.

—¡*Micachis!* ¡Está frío como una rana!

Y, como el animal no se había movido, envalentonado, en un supremo esfuerzo, Nachito lo agarró fuertemente por la cabeza, tal como se lo había explicado su tío Paco. El majá, al verse despertado así de improviso, se movió bruscamente y comenzó a agitarse; pero el niño, con una mueca de asco en la boca, lo apretó más y más, con las dos manos. Nachito quería gritar, pero era tal su emoción, que no le salían las palabras. El majá, con convulsivas oleadas, pudo al cabo soltarse de la rama y dejó caer a tierra la cola, y, sin detenerse un instante en sus ondulantes movimientos, comenzó a rodear con sus anillos las piernas del niño. Nachito fijó su vista y vio claramente lo que pretendía hacer: “Me quiere poner una zancadilla. ¡Déjalo!” —y apretó más la cabeza del bicho, que lo miraba con unos ojitos que parecían dos bolitas negras de cristal. Unos segundos tan sólo, y Nachito perdió el equilibrio y cayó al suelo. Pero no soltó la cabeza por eso.

—Lo que es morderme no me muerde —y apretaba duro, duro, que le dolían los dedos.

El animal, terco en su empeño, seguía rodeándolo con sus anillos. “Tendrá que morirse, pues no lo dejo

—Lo empujo, lo hago caer y lo cojo.

Alzó la rama seca y larga, que pesaba, y tocó al animal. Estaba bien dormido, porque no lo sintió. Volvió a pincharlo, ahora con más fuerza, y el ofidio comenzó a moverse remolonamente y a aflojar los anillos, contrayéndose como si fuera de goma. Y como estaba cabeza abajo, empezó a descender muy despacio, como si no tuviera prisa.

—Cuando llegue al suelo, lo agarro bien duro por la cabeza.

“Si alguna vez te encuentras con uno, cógelo bien recio por la cabeza”, le había dicho una vez su tío Paco. Verás que no se mueve”. Y su tío Paco sabía mucho de estas cosas.

El reptil, aunque despacio, iba descendiendo cada vez más y más, y pronto estuvo al alcance de la mano.

—¡Cónfite! ¡Qué gorda tiene la panza! —pensó Nachito.

Y era que el animal se había comido hacía poco una jutía, o una rata, o un pájaro muy grande, y tenía como una hinchazón en la mitad del cuerpo. Y como estaba haciendo la digestión, se volvió a quedar dormido allí mismo, delante de los ojos asombrados del niño. Nachito, de puntillas y dándole brincos el corazón, se acercó lentamente a él. Alargó la mano. No sabía por qué, pero le temblaba. La retiró varias veces,

sin atreverse a tocarlo; pero, de pronto, haciendo de tripas corazón, alargó enérgicamente la mano y lo tocó.

—¡*Micachis!* ¡Está frío como una rana!

Y, como el animal no se había movido, envalentonado, en un supremo esfuerzo, Nachito lo agarró fuertemente por la cabeza, tal como se lo había explicado su tío Paco. El majá, al verse despertado así de improviso, se movió bruscamente y comenzó a agitarse; pero el niño, con una mueca de asco en la boca, lo apretó más y más, con las dos manos. Nachito quería gritar, pero era tal su emoción, que no le salían las palabras. El majá, con convulsivas oleadas, pudo al cabo soltarse de la rama y dejó caer a tierra la cola, y, sin detenerse un instante en sus ondulantes movimientos, comenzó a rodear con sus anillos las piernas del niño. Nachito fijó su vista y vio claramente lo que pretendía hacer: “Me quiere poner una zancadilla. ¡Déjalo!” —y apretó más la cabeza del bicho, que lo miraba con unos ojitos que parecían dos bolitas negras de cristal. Unos segundos tan sólo, y Nachito perdió el equilibrio y cayó al suelo. Pero no soltó la cabeza por eso.

—Lo que es morderme no me muerde —y apretaba duro, duro, que le dolían los dedos.

El animal, terco en su empeño, seguía rodeándolo con sus anillos. “Tendrá que morir, pues no lo dejo

respirar", pensaba él, mientras con las puntas de los dedos tapaba los huecos de la nariz del ofidio. La serpiente apretaba más y más, y el niño empezó a sentir la molestia de aquel abrazo, y fue entonces cuando le salió el primer grito, un poco ronco, al que siguieron otros cada vez más sonoros:

—¡Papá! . . . ¡Papá! . . . ¡Papáaaaaa! . . .

Y cuando estaba a punto ya de soltar la cabezota aquella tan horrible —pues estaba seguro, segurísimo, de que aquel condenado animal respiraba por algún otro agujero para él desconocido—, llegó corriendo el padre. A Nachito le pareció que estaba muy pálido, y tenía la boca torcida, como cuando se ponía bravo.

—¡Nooo . . . ! —gritó.

Pero ya el padre, que había cogido a la culebra por la cola y la había desenroscado de un tirón, le destrozaba la cabeza contra el tronco del mango. Y con el animal muerto, se volvió hacia su hijo.

—¿Pa qué lo mataste? ¡Ya yo lo tenía casi *amansao!* ¡Ni respiraba, *micachis!*

Se volvió de espaldas y cogió por el camino, sin querer subirse a la carreta, sin volver la cabeza ni una sola vez.

El padre no pudo ni sonreír. Tenía aún un nudo en la garganta y otro en el corazón.

## EL RIO



Nachito quería ir al río.

—No puedes ir, porque eres muy chiquito —dijo la abuela.

—Y es peligroso —recalcó el padre—. Hay remolinos y es profundo. Si te caes, te ahogas.

—Pero hay agua, y a mí me gusta el agua —repitió terco Nachito.

—Está bien. Un día yo te llevaré y verás cómo me baño; pero cuando haya más calor y sea verano —prometió el padre.

Nachito esperó inútilmente. A cada rato hacía calor y a él le salía salpullido, pero el padre le decía que todavía no era verano.

—¿Cuándo será el verano? —preguntaba el niño.

—Cuando los pájaros tengan sus pichones —le explicó su abuela.

—¡Ah, cuando salgan los pichones! ¡Está bien!

Y salieron los primeros pichones, y nacieron otros, y ya todos estaban con las plumas lucidas y volaban que no había quien los cogiera y todavía no era verano, según su padre. Y Nachito comenzó a sospechar que lo que pasaba era que su padre no lo quería llevar al río y que le estaba dando largas.

A veces se olvidaba de aquello por un tiempo. Pero un día vino de visita su tío Venancio y trajo a su primo Julito, un chiquillo zangandongo, todo patas y ojos, y Nachito pensó que su primo le podía informar.

—Oye, Julito, ¿pa dónde cae el río?

—Pa allá, pa detrás de aquella loma, después que se atraviesa el guayabal de Joaco.

—Así que p'allá...

—P'allá.

—¿Y hay mucha agua? ¿Más que donde llena pipa la pipa?

—¡Uh..., *cantidá!* Yo me baño y no doy pie. Pero yo sé nadar.

A Nachito se le hizo la boca agua. Abrió mucho los ojos y preguntó anhelante:

—Oye, tú, ¿y cómo se nada?

—Pues se hace así.

El zangandongo se tiró en la yerba boca abajo y empezó a dar manotazos y patadas como si estuviera

de verdad en el agua. El fiñe se reía de verlo tan despatarrado y haciendo aquellos visajes.

—¿Qué haces ahí? ¿Qué haces ahí, *condenao?* —sonó la voz ronca y fuerte de Venancio—. Te voy a *eslomar*.

—¡Muchacho! ¡Si tu padre te coge con la ropa sucia y llena de guizazos, se va a armar el *titingó!* —le gritó la abuela.

—Es que estaba enseñando a Nachito cómo se nada.

—¡Ah! —aclaró el padre—. ¡Es que mi hijo sigue con la idea de ir al río!

—No lo lleves. Es peligroso —dijo Venancio.

Y a Nachito le pareció de pronto odioso y pesado aquel hombre. Le viró la espalda y se puso a tirarle piedrecitas a la gallina *jabá*, que estaba clueca.

Cuando se marcharon a eso de las tres, bajo un sol "que lo pone a uno cayuco", según dijo Venancio, el sitio se quedó tranquilo, con una brisa suave que levantaba solamente las plumas pequeñas que andaban sueltas por el patio. Nachito se había cobijado bajo la sombra del mamey de Santo Domingo.

—No te muevas de ahí, que voy a dormir un poco la siesta —le gritó la abuela desde el portal, agitando

furiosamente su penca—. ¡El tasajo lo tengo *para* en el *estógamo*!

El se puso a mirar una lagartija que iba despacito detrás de una hormiga cabezona. Cuando la lagartija se tragó a la hormiga, el niño ya tenía tomada una decisión: se iría al río, solo.

Cogió por el caminito polvoriento que iba por el costado de la finca y luego se fue a campo traviesa, hasta llegar a la loma. Se entretuvo por el guayabal y cogió dos guayabas que tenían la entraña roja y fragante. Se las comió con cáscara y todo, para fastidiar a la abuela, que se lo tenía prohibido. Y, cuando menos lo pensaba, estaba al lado del río. Lo vio allí, frente a él, entre unas matas largas y finas, y se acercó despacio, con cierto temor, pues había un silencio muy grande, que sólo rompía el rumor de la corriente.

—¡Es lindo! —pensó el niño—. ¡Lindo y grande! ¡Más grande que la batea donde me baña mi abuela!

Abrió tamaños ojos cuando observó, a través del agua limpia y transparente, a los guajacones, que nadaban como si tal cosa en la orilla.

—¡Qué bichos más raros! —exclamó, pues nunca antes había visto algún pez—. Les gusta mojarse, como a mí.

No hizo más que pensar en esto, cuando se le ocurrió que él podía bañarse también. Y como no pensaba

nunca las cosas dos veces, cogió y se quitó los zapatos en seguida, y luego las medias, el pantalón y la camisa. Miró al agua fijamente y se vio reflejado en ella desnudo, tal como en el espejo grande del escaparate.

—No me va a pasar *na*. Ese Venancio lo que quiere es el río *pa* él solo.

Miró hacia arriba y fijó la vista en el sol, hasta que se le encandilaron los ojos.

—Hace calor, y cuando hace calor uno se baña. Los patos se bañan cuando tienen calor, ¿no? Y los gorriones también. Primero en el polvo y después en la caña brava de las gallinas, ¡*micachis*!

Esta lógica e irrefutable razón lo decidió, y levantó un pie dispuesto a entrar en el agua. Pero lo detuvo en el aire, y luego lo dejó caer suavemente en tierra otra vez.

—Mejor practico un poco. Déjame ver cómo fue que lo hizo Julito.

Y se tiró en la yerba, como lo había hecho su primo, y empezó a agitar los brazos y las piernas; pero como estaba en cueros, pronto le comenzó a picar todo el cuerpo, porque la yerba pica mucho cuando uno se la frota por el pellejo.

Se levantó rascándose cómicamente, como si bailara una rumba.

—Bueno, ya practiqué bastante. Yo creo que ya sé nadar.

Pero, por si acaso, se metió en el agua despacito y no dando un salto, como había pensado. Estaba fría, pero sabrosa. Había fango en la orilla y se hundió un poco. Luego se echó agua por todo el cuerpo y, ganado de la confianza, comenzó a reír y a cantar, mientras chapoteaba de lo lindo.

—¡Qué bueno! ¡Qué bueno! ¡Ya sé nadar!

Y quiso meterse más adentro, y el agua le llegó al ombligo, y luego al pecho y... un segundo después no dio pie. Suerte que pasaba un palo grueso y se agarró a él, porque se dio cuenta en aquel mismo momento “que tenía que practicar un poco más para aprender a nadar”.

Cuando llegó el padre hasta el río, buscándolo, porque nadie sabía dónde se había metido, y lo vio pasar agarrado al palo, ni le gritó. Nachito también lo vio a él, pero se hizo el desentendido. Le había cogido gusto a aquello de ir paseando río abajo en aquel bote improvisado, y pataleaba en el agua para impulsarse más, pues si el padre lo veía se lo iba a estropear todo, porque siempre estaba metiéndose en sus cosas.

—¡Condenao, agárrate y no te sueltes, que p'allá voy! —pudo al fin gritar el padre.

Y Nachito rió cuando lo vio, tan grande, tirarse con ropa y zapatos y todo, y nadar hasta él, levantando columnas de agua.

—¡Tú sí que nadas bien! —le gritó entusiasmado— Julito es el que no sabe. ¿Me vas a enseñar, pipo?

El padre lo cogió y, sin saber por qué —“Pa desahogarte”, le dijo más tarde la abuela—, le dio un par de nalgadas que sí que se las sintió Nachito.

—¡Pa que no lo vuelvas a hacer!

Y en cueros y en volandas se lo llevó para la casa, donde la abuela comenzó a gritar:

—¡Me mata! ¡Me mata! ¡Este chiquillo me mata a disgustos!

En la puerta le sonaron otras dos nalgadas. Nachito no gritó como otras veces, porque esta vez sabía que su padre estaba bravo de veras.

—¡Encarámalo en la ventana y que no se baje de ahí! —chilló ella.

Afuera la tarde declinaba. Desde el mogote bajaban suavemente el canto de los ruseñores y el sollozar de las torcazas. Nachito miraba a lo lejos, sin ver. Estaba pensando:

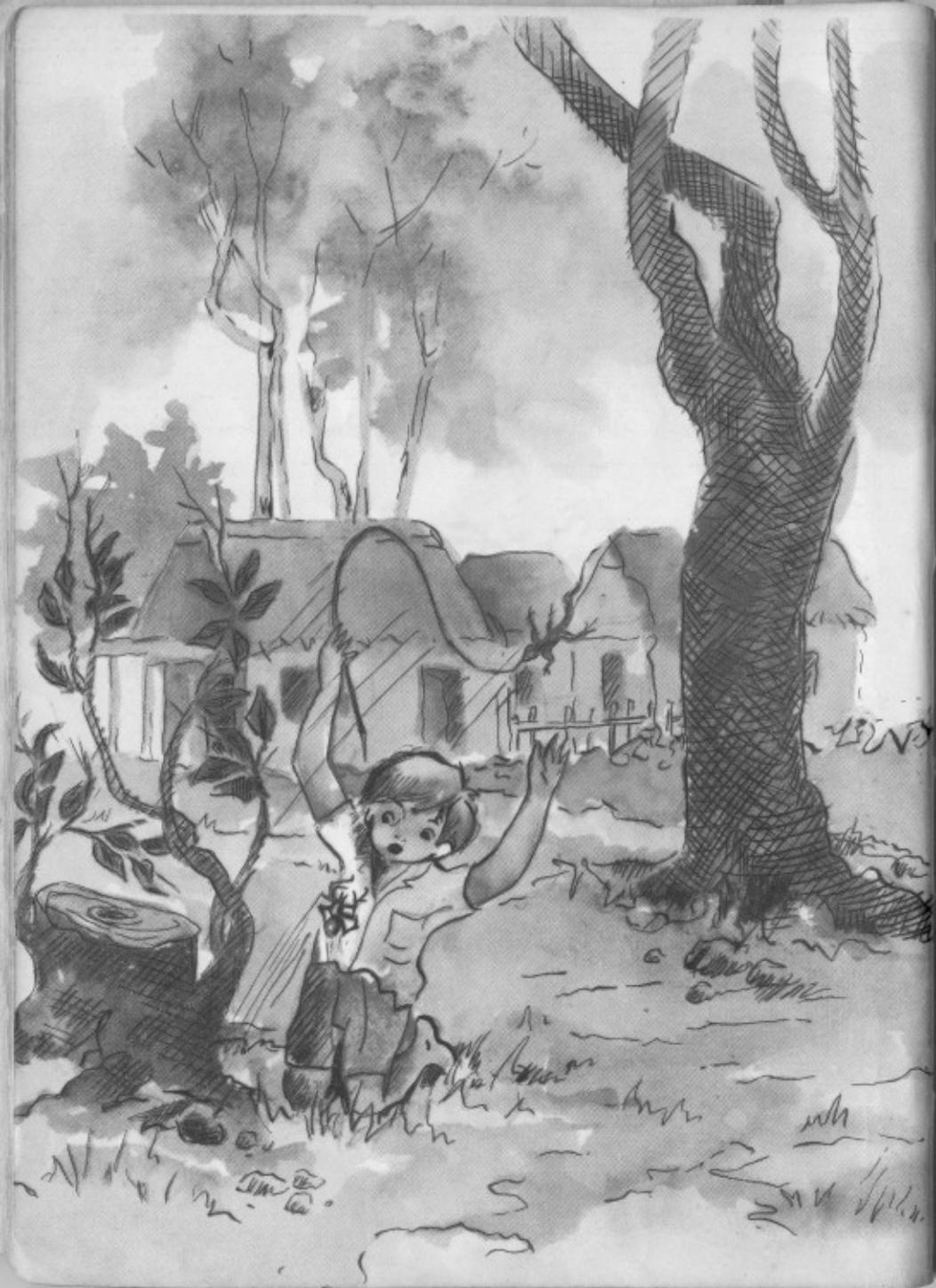
—Mañana, como *haiga* sol, me vuelvo a escapar y me baño otra vez, ¡micachis! Si no, ¿cómo voy a aprender a nadar si *naiden* quiere enseñarme?

Una lechuza tempranera pasó silenciosamente volando entre los plátanos. La abuela dijo: ¡Solavaya!, y el niño:

—¡Quién fuera como ella, pa poderme ir volando de aquí!



## LA ARAÑA



Aquel día le dio por la araña peluda. Desde que se levantó estaba con aquel barrenillo: tenía que coger una.

—¡Coger una qué...? ¡Una araña *pelúa*? ¡Pero tú estás loco, muchacho? —le gritó la abuela—. Mira, ¡sólo de oírtelo decir, estoy *erizá*! —y se estiraba el pellejo con los dedos para demostrárselo—. ¿Tú no sabes que las arañas esas dan una fiebre del demonio? ¡Oh, qué horribles son, con ese cuerpo tan indecente que tienen, lleno de pelos *paraos*!

Y dio media vuelta haciendo aspavientos. Nachito se quedó mirando perplejo las canillas de la abuela, que trotaban hacia la cocina, y luego se acercó al mamoncillo. Allí al pie del árbol, había un hueco grande.

—Ahí dentro tiene que haber una —se dijo el chiquillo. Miró a todos lados, y salió corriendo hasta llegar a un grupo de yerbas altas y finas. Escogió una pajita larga y delgada y, de un tirón, la arrancó.

—Ya tengo el lazo. Ahora me hace falta la lagartija.

Se puso a buscar entre las matas, hasta que vio una que estaba negra para confundirse con el tronco, pero no pudo escapar a la mirada de cernícalo de Nachito. Se estiró en la punta de los pies, aguantó el resuello y... ¡zas!, de un golpe hábil y preciso la cogió. El rabo saltó a un lado y comenzó a bailar una rumba estrepitosa en la arena, y Nachito estuvo un rato mirándolo con curiosidad, hasta que se quedó quieto del todo.

—¿Por qué los rabos de las lagartijas bailarían de ese modo, como si tuvieran dolor de barriga? —se preguntó.

La tarde era hermosa. Soplabla la brisa entre las ramas y cantaba una susurrante melodía cuando el niño, amarrada la lagartija por el pescuezo, la hacía entrar en la cueva a viva fuerza.

—¿No habrá nada? ¿Estará vacía?

Y miró hacia atrás con temor, no fuera cosa que la araña hubiera salido y lo sorprendiera por la tras-tienda. De repente, sintió un tirón, y el corazón le comenzó a golpear: ¡bom, bom, bom!, como si fuera un tambor. Aquello misterioso que tiraba desde allá dentro, desde lo oscuro, “erizaba”, como decía su abuela. “Jujujuuuuu!”, estornudó un guanajo cerca de él, y Nachito, sorprendido en su tarea, pegó un salto

hacia atrás como si hubiera sido el mismo diablo el que hubiese gritado a sus espaldas. Furioso, se agachó, cogió una piedra y se la tiró al impertinente. El guanajo lo miró con cara de sorpresa y echó a correr a grandes zancadas, con el moco largo, larguísimo, dándole golpetazos en la cabezota llena de granos rojos. El niño no pudo dejar de sonreír ante un maligno pensamiento: “Se parece a la abuela cuando corre detrás del ternero.”

Volvió a meter la lagartija en el agujero. Había observado que tenía como una mordida en el lomo, y esto lo aseguró de que su anhelada presa estaba allí, dentro del hueco. Otro tirón, y otra vez el corazón le comenzó a bombear sonoramente.

—¿Qué haré ahora?

Entonces recordó que Julito le había explicado una vez que tenía que tirar poquito a poco, hasta que la araña saliera hasta el borde de la cueva; luego se cogía un palo puntiagudo y se le cerraba la entrada por detrás. Después no había más que meterla en una lata, y “ya está”. No tenía lata ni palo previsto, por lo que comenzó a tirar despacito, despacito, hasta que —“¡Diablos, qué fea es!”— asomó una cosa horrible por la boca de la cueva. La araña tenía agarrada fuertemente con sus pinzas a la infeliz lagartija, y no pensaba soltarla, por lo visto.

—¡Ya es mía! —pensó Nachín, y dio un tirón rápido. El bicho salió disparado por los aires y le cayó en el pecho, pero él lo sacudió de un manotazo y fue a dar al lado del mamoncillo, donde quedó aturdido, sin saber qué hacer, al sentirse así sacado de su oscura casa tan sorprendentemente. Nachito corrió y tapó con tierra el agujero.

—¡Ya está! ¡Ya no te puedes volver a meter! ¡Eh, qué te parece? —y se puso a mirarla fijo.

Torpemente, el animal, aturdido y cegado por la luz violenta del sol, caminaba desorientado hacia su nido, olvidado ya de la lagartija y presintiendo un grave peligro.

—¿Por dónde picará, *cónfiti*?

Nachín se agachó y le puso delante el pobre bicho muerto ya; pero la araña no estaba para *comilatas*, y menos a plena luz. Paraba las dos patas delanteras y amenazaba con sus tenazas hacia aquel enemigo flaco y rubio que se erguía delante de ella.

—Quizás no pique tanto como dice abuela. Abuela es muy *exagerá* —dijo Nachito en voz alta, como si hablara con alguien.

—¡Niiiño! ¡*Na* de *exagerá*! ¡Suelta esa lagartija indecente en seguida y pita *pal* bohío. ¡Ya sabía yo que tú estabas *metío* en un jelengue de éstos! ¡Me mata, me mata, me mata este chiquillo! ¡Mira que si ese bicho

te pica se me iba a armar gusanera con tu padre! ¡Arrea *pa* casa! —y cogió un seboruco enorme y, cerrando los ojos, se lo tiró encima a la araña, que quedó despachurrada.

¡Ahora sí que se armó! Nachito comenzó a berrear y a berrear, y las guineas, los patos, los guanajos, las gallinas, los cochinos, y hasta el buey, se alborotaron, y aquello fue una sinfonía de graznidos, cacareos, gruñidos y mugidos que ponía los pelos de punta. Pero la abuela, sin hacer el menor caso a sus gritos, lo cogió por la cintura y se lo llevó como un fardo debajo del brazo para la casa, mientras el chiquillo daba patadas al aire y amenazaba con irse del bohío para siempre.

—¡Abusadora! ¡Abusadora! ¡No me quieres *na*! ¡Nadie me quiere!

Aquella noche Nachito lloró en sueños:

—¡Mi araña! ¡Abuela, eres mala, mala! ¡Yo quería la araña *pa* amansarla!

La abuela, al lado de la cama, estaba inquieta, temiendo que el niño tuviera fiebre de un momento a otro por el contacto con aquel animal inmundo.

Al día siguiente Nachito se levantó y asomó la cabeza por la rendija de la puerta.

—¡Niño! ¡A tomar la leche! —le gritó la abuela desde la cocina.

—¡Ya voy! ¡Pero en cuanto me tome la leche salgo pa fuera y busco un *bujero* y saco una araña *pelúa*! ¡Ya tú verás!

La abuela rezongaba que la leche estaba muy buena, porque tenía mucha nata y estaba bien ahumada. Y le guiñaba un ojo sonriendo, para conquistarlo; pero él no se dejó sobornar y le repitió dos veces lo mismo, para que se enterara bien. Ella hizo como que no oía, pero buscó un arique largo y toda aquella mañana, llena de brisa y de mariposas, se la pasó Nachito amarrado al horcón, enfurruñado y con una bamba de dos cuartas.



## EL FANTASMA



Cuando Nachito oyó que en la casa de tabaco había un fantasma, tuvo un estremecimiento, pero no de miedo, sino de curiosidad.

—¡Un fantasma! ¿Cómo será?

—Niño, los fantasmas son seres del otro mundo que andan de noche *envolvíos* en una sábana, y les dicen almas en pena —le explicó la abuela, que creía en cuanta patraña venían a contarle al bohío—. ¡Jesús! —y se santiguó—. Este niño quiere saberlo todo.

Nachito la miró fijo.

—¿Pa que tú dices ¡Jesús! y haces esos visajes? —le preguntó.

—Pa espantar los malos espíritus.

—Pues cuando hay rayos y truenos tú haces también eso y no se paran los rayos. ¿Tú has visto algún rayo *parao*?

—Anda, anda *pal* portal, que los niños no deben oír las conversaciones de los mayores. ¡Largo! ¿Has visto? ¡To lo quiere saber!

—Es natural a esa edad —dijo hipócrita la comadre que estaba de visita.

Él, a regañadientes, se fue para el portal, y desde allí podía oír perfectamente la voz chillona de la abuela explicándole a la vecina lo del fantasma.

—Primero lo vio el perro, que se la pasó aullando *toa* la noche. Yo se lo dije a mi hijo: “Ese animal aúlla por algo: o por un difunto, o por un espíritu.” “Figuraciones tuyas. Es a la luna. Está ladrando a la luna.” “No ladra, aúlla” —le repliqué. Pero no me hizo caso y se volvió *pa* la pared, y al segundo estaba roncando como si *na*. Sin embargo, la otra noche —antier—, me levanté, porque Nachito había *estao* con una araña *pelúa* y cogí miedo de que le diera fiebre. Tú sabes bien que a las doce de la noche es cuando viene la fiebre y agarra duro a los niños chiquitos. Pues bien, me asomé a la ventana, porque hacía bastante calor, y entonces fue cuando lo vi claritico. Blanco, blanco como la flor de la mariposa, y... ¡largooo! Así, como un rabo de nube, pero más chico. ¡Mira, estoy *erizá!*

—No, y yo también. Me has *dejao pasmá* —dijo la comadre abriendo mucho la boca y cerrando los ojos.

—¡Atravesó las tablas de la casa de tabaco como si tal cosa, y se metió dentro!

—¡No me digas! ¡Ay, San Juan Nepomuceno!  
¿Y qué vas a hacer?

—¿Yo? *Na*. Pero lo que es en la casa de tabaco no vuelvo a entrar.

—Tienes que quemar incienso.

—Y guano bendito. Si tienes mándamelo, que yo quemé *to* la última *troná*.

—Se quema un poquito, mujer.

—Pero era que la *troná* era muy grande. No se acababa nunca. Hasta cayó granizo. Lo quemé *to*. ¡Y ni con eso alcanzó!

—¡Qué boberías hablan las mujeres! —murmuró el chiquillo, y se puso a perseguir una mariposa. Y como su corazón y su mente estaban puestos en la casa de tabaco, hacia allí empujó a la mariposa. Cuando estuvo pegado al sitio, miró hacia atrás; nadie lo veía. Se puso a atisbar por las rendijas. Dentro estaba muy oscuro, y por la nariz se le metía el olor picante del tabaco en curación, lo que le hizo estornudar.

—¡Salud! ¿Qué miras ahí dentro? —le asustó el vozarrón del padre, que había llegado con un montón de maloja debajo del brazo.

—*Na...*, un ratón que se ha *colao*.

—Sí. Hay muchos. Tengo que echar veneno. Hay ratones a docenas.

—¿Los ratones no se comen? —se le ocurrió decir para disimular. Él bien sabía que no se comían, porque si no, ¿qué iban a comer los majaes?

Y el padre, riendo, le dijo que no, que los cristianos no comían eso, pero que sí lo hacían las lechuzas y los gatos.

—Por eso son buenas las lechuzas. Ayudan a la limpieza.

—Pipo, ¿es verdad que los murciélagos son ratones con alas?

—¿Quién te dijo eso?

—Julito.

—Pues él lo sabrá. Yo no lo sé. Pero sí que se parecen —y se quedó un momento pensando en aquello—. Demonio, los muchachos se fijan en cosas que uno ni repara —y salió con su paso largo a darles la maloja a los bueyes.

Nachito se le quedó mirando un rato; luego volteó la cabeza hacia el bohío. Nadie lo veía. Entonces, con mucho cuidado, abrió la puerta y coló la cabeza dentro. Estaba muy oscuro.

—¡Chist, señor fantasma! —pausita—. Señor fantasma, ¿es cierto que está *usté* ahí?

Nadie respondió.

—¿Hablarán los fantasmas? —pensó. Volvió a preguntar, esta vez más alto—. Oye, si estás ahí, ¿no tienes miedo a los ratones? ¡Mira que hay burujón pila!

Nada. Nadie respondió.

—Si está ahí dentro, es un mal *educao*.

Iba ya a entrar, cuando se le ocurrió una cosa:

—¿Y si me hago amigo de él? ¿Si le traigo pan y guayaba?

Para Nachito lo mejor del mundo era el pan y la guayaba. Y no lo pensó dos veces; salió disparado hacia la cocina. A poco volvía con el pan con "*timba*".

—Ahora sí que sale. Seguro.

Y no hizo más que meter por la rendija de la puerta la mano y murmurar: "Oye, fantasma, te traje pan con...". cuando algo que a él le pareció una mano muy sucia y que salió de la oscuridad, le arrebató la comida, sin dejarle concluir la frase. Nachito pegó un brinco mayúsculo, tomado por la sorpresa, y salió hacia la casa corriendo y gritando:

—¡Abuela! ¡Abuela! ¡El fantasma! ¡El fantasma!

La abuela salió como un cohete, disparada a todo lo que daban sus canillas, y detrás de ella, con la mano en la cabeza y un gesto de terror en el rostro, la visita.

—¡Muchacho! ¿Qué estás diciendo? —y agitaba los brazos como un espantajo.

—¡El fantasma! ¡Allí, en la casa de tabaco! ¡Me quitó la guayaba y el pan!

—¡Este niño está loco! —sonrió la comadre, más calmada.

—¡Jesús, qué susto me has *dao!* ¡Yo creí que era otra cosa! ¡Me mata, este muchacho me mata! ¡Anda *pa* dentro! ¿Tú ves? ¡Delante de los niños no se *pue* abrir la boca!

—¡Abuela, que es verdad! ¡Allí dentro hay un fantasma! —y le tiraba de la falda haciéndola bambolear.

Llegó en eso el padre, rió a carcajadas oyéndolo, y luego dijo:

—Ven. Vamos a ver tú y yo que no hay nadie allí.

—¿Cómo? ¿Ir yo? ¡Los fósforos! —tembló Nachito.

Pero el padre lo cogió de un brazo —“Los hombres tienen que ser hombres”—, y lo arrastró hasta la casa de tabaco, mientras el niño gritaba hasta desgañitarse. Cuando llegaron frente a la puerta, como él la había dejado entreabierta, el padre la acabó de abrir de un puntapié y dijo:

—¡Entra!

—¿Entrar? ¡Qué va! Entra tú si quieres.

—Pues ahora verás. Y entró.

En cuanto Nachito se vio libre, reuló diez metros lo menos, y no siguió retrocediendo porque chocó con las choquezuelas de la abuela y porque la curiosidad era más poderosa que su miedo.

Se oyó de pronto una voz fuerte y sorprendida:

—¡Ah, conque el niño tenía razón! ¡Eras tú el fantasma!

La abuela se remangó la saya, miró a la vecina, y las dos salieron trotando hacia allá, muertas de espanto y vivas de curiosidad.

—¡No me haga *na*, señor! —sollozó una voz en la que temblaba el miedo.

Y a la luz salió el padre, llevando bien agarrado del brazo a un muchacho cubierto de harapos y con la mirada idiotizada.

—¡Es el bobo Joaquinito! —se asombró la abuela.

—¿Por qué te has escondido aquí? —preguntó el padre, ahora con voz más suave.

—El viejo me dio una tunda de palos y me botó del bohío.

—¿Por qué?

—Porque me sorbí dos huevos de las gallinas.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Porque tenía hambre.

El patio se llenó de silencio. Las comadres se miraron y Nachito se quedó fijo, con los ojos en los ojos del padre. Éste, al cabo, entendió lo que quería decirle con aquella mirada, y le afirmó con un gesto de cabeza. El niño salió corriendo hacia la cocina. En seguida volvió con algo de comida en un plato: frijoles, arroz, boniato. La abuela se limpió los ojos. La comadre puso cara de circunstancias. El bobo se atra-

caba y sonreía a Nachito, que lo miraba muy serio y con gesto de asombro.

—El fantasma tiene apetito, ¿eh? —rió el padre, y miró a la abuela. Ella se hizo la desentendida.

—El mamey de Santo Domingo viene *cargao* este año —comentó con aire de “yo no fui”.

El padre rió con su risa fuerte, que retumbaba como un trueno.

Todavía Nachito se está preguntando de qué se reía.



## LA PISTOLA



Se le quedó plantado allí, en medio del patio, mirándolo con los ojos muy abiertos y los brazos en jarras.

—¿Qué te parezco? —le preguntó el padre.

Todavía no contestó. Lo repasó despacio de los pies a la cabeza.

—¿Qué te parezco? —volvió a preguntar, ahora con cierta impaciencia.

Nachito, sin proferir palabra, lo rodeó lentamente. Luego se decidió: lo que más le gustaba era la pistola, y quiso tenerla.

—No, eso no puede ser.

—¿Y por qué no?

—Las armas son peligrosas.

—¿Más que las arañas? . . . ¿Más que el majá?

—Más, mucho más. Se escapa un tiro y no se sabe a dónde va a parar.

—Mi revólver no mata, y yo juego con él.

—No, el tuyo no, porque es de juguete.

—¿Cuando yo sea grande, voy a tener un traje así como el tuyo?

—Sí; cuando seas grande, lo tendrás. Pero si te portas bien, podrás tener pronto uno de pionero.

—¿Un revólver?

—No, un traje.

—¡Ah, pipo! —y torció la boca en un gesto de disgusto.

En eso salió la abuela sobre sus canillas flacas y se llevó la mano a la boca con su mejor gesto de asombro.

—¡Ya!

—Ya —dijo sencillamente el hijo.

—¡Ya eres miliciano! —Y comenzó a llorar, porque la pobre se echaba a llorar siempre en cada ocasión solemne.

—Vamos. Déjate de eso.

—Es de alegría. ¡Si tu hermano muerto te viera!

El hermano muerto era el menor de los dos. De aquello hacía mucho tiempo. Lo habían asesinado dos meses después de lo del Moncada. Apareció en una guardarraya. Lo habían torturado antes.

—Por mi hermano lo he hecho, y por los otros como él. Hay que estar *preveníós*.

—*Preveníós*, ¿pa qué? —preguntó Nachito.

—¿Pa qué? —repitió sobresaltada la anciana, fijando sus ojos claros en los firmes de su hijo, que ahora brillaban intensamente.

—Pa lo que sea. Pa una *emboscá*. Pa una revuelta. . . Pa una invasión. Pa lo que sea, pero hay que estar *apreparaos*.

—Y. . . ¿vas a disparar con. . . con eso? —y la vieja señaló a la cintura del hijo.

—No me gustaría, pero si fuera preciso. . . —La voz se le había hecho más grave y más ronca que de costumbre.

—¡Cállate! —dijo ella, y volvió a llorar de nuevo. Pero sorbió un poco, apretó los dedos flacos y arrugados, sacó fuerzas y lo volvió a mirar emocionada.

—Te queda lindo. Pareces más hombre —y lo atrajo hacia ella y lo besó en la frente. Nachito observó que era más alta que él, y no supo por qué, pero le pareció la abuela más bonita en aquel momento.

Aquella tarde Nachito vigiló estrechamente al padre. Él dormía todas las tardes la siesta, y, como hacía calor, se quitaba la ropa. El niño lo vigiló desde el exterior, por la ventana, disimulando con una lagartija. A poco, el padre roncaba, y entonces se deslizó dentro. La abuela estaba desgranando maíz y ni se dio cuenta. Nachito cogió el revólver y, en puntillas, salió afuera.

—¡Qué lindo es, *micachis*! —dijo—. ¡Y pesa! El mío es una basura; no pesa.

Estaba dentro del gallinero para que no lo descubrieran. Las gallinas que iban a poner se alborotaron un poco, pero luego siguieron como si tal cosa, mirándolo curiosas desde donde estaban echadas.

—El mío no tiene agujero. Está *tapao* —y miraba por el cañón hacia dentro.

Luego jugueteó con el gatillo:

—¡Pa, pa, pa, pa, papapapaaaaa!

El gallo lo miró con desconfianza, abrió las alas, las agitó dos veces y optó por quitarse de en medio.

—¡Cobarde! —pensó, y viró el arma hacia el guanajo.

—¡Pa, pa, pa, papapapaaaa! —disparó de nuevo.

El guanajo lo miró con aire estúpido e indiferente, encogió el moco y salió despacito, sin hacerle mayor caso. Nachito se asomó a la puerta desconcertado.

—Si hubiera querido, te mataba; pero no quise porque tienes guanajitos... y no es Nochebuena. Si fuera Nochebuena, te quedabas sin una pluma.

El guanajo abrió la cola en abanico, gritó: “¡jujujuuuu!”, y se puso a hacerle la rueda al gallo, que se estaba revolcando en el polvo. El malayo miró aquello ofendidísimo; se levantó, bajó la cabeza, erizó las plumas del cuello, reuló tomando impulso, y se le fue para arriba, tirándole un par de espolonazos. El guanajo salió chillando, con el moco colgando y la cabeza morada.

—¡Cobarde! ¡Tan grande como eres y le tienes miedo al gallo malayo! —le gritó despectivamente Nachito.

Pero el animal, por toda respuesta, se puso a escarbar en el montón de palmiche para los puercos. Nachito abembó los labios en son de burla, y se deslizó de

nuevo dentro del gallinero, dejándose caer de fondillos en el suelo.

—Estas son las balas —recapacitó, metiendo el dedito por la rendija que le dejaba ver los proyectiles—. Son doradas y de verdad. Las de mi revólver son de mentira; no sirven. Me gustaría tener una bala de éstas de verdad.

Y comenzó a darle vueltas a aquello. Pero no salían.

—¿Cómo las habrá metido pipo aquí? —se preguntó. Levantó la cabeza asustado, porque de su embebimiento lo había sacado el grito estentóreo de una gallina que acababa de poner un huevo y lo anunciaba desafortunadamente a todo el gallinero y patios y fincas colindantes.

—¡Cállate, condená! ¡Cállate, que vas a despertar a pipo! ¡Como si hubieras puesto una tortilla!

Pero la gallina seguía escandalizando, “¡cacaracá, cacaracá!”, como si tal cosa.

—¡Ahora verás!

Le apuntó con el revólver y haló el gatillo: retumbó un trueno, salió una bola de fuego y Nachito cayó de espaldas en la tina de agua donde bebían las gallinas y los puercos, y se puso hecho un asco.

—¡Papáaaaa! —gritó lleno de espanto.

De cuatro trancos y en ropas menores estaba el pobre padre en el gallinero, donde se había formado

una algarabía infernal. La gallina que momentos antes cacareaba triunfal su huevo recién puesto, atravesado el pescuezo por el proyectil, daba unos brincos enormes, manchando de sangre todo lo que se ponía a su encuentro. Nachito estaba rojo de sangre de los pies a la cabeza.

—¿Te ha *pasao* algo? —dijo con voz temblorosa el padre. Y, febril, le sacaba la ropa y le buscaba la probable herida en el cuerpo. Y como viera que no tenía nada y que la sangre era de la gallina, rotos los nervios, comenzó a llorar con grandes sollozos, mientras lo apretaba muy fuerte contra su corazón.

La abuela llegó corriendo encima de sus canillas, alborotando más que la gallina herida.

—¡Este niño me mata, me mata! ¡Dale un par de *nalgás!* ¡Capaz de que se hubiera *matao!*

Nachito la miró bravo y, secamente, como si la cosa no hubiera sido con él, le dijo terminante:

—¡Vamos, no chilles más, abuela, y coge la gallina *pa* que hagas una sopa!

Se volvió a su padre, que estaba pálido y como enfermo:

—Tengo buena puntería, ¿eh, pipo?

Y salió tan campante, disparando con una pistola invisible:

—¡Pa, pa, pa, papapaaaa!

## EL CICLON



El aire estaba revuelto y las hojas secas bailaban una zarabanda en enormes remolinos por todo el sitio. Los árboles se mecían violentamente y las nubes bajas corrían muy rápidas hacia el monte. La abuela tenía una cara larga de susto y el padre estaba atareado con un rollo grande de alambre y las tenazas, amarrando los techos y muchas cosas más. Nachito había preguntado, y la abuela, seca y nerviosa, le había dicho:

—Dicen que viene el ciclón.

Para él aquello del ciclón era una cosa nueva, y, no se sabe por qué, le pareció que lo que llamaban ciclón debía ser un hombre muy, pero que muy gordo, y se asomaba a cada momento a mirar. Pero por el camino no venía nadie.

—Papá, ¿por qué amarras el techo de la cochiguera?

—Pa que el viento no se lo lleve por el aire.

A la verdad que el padre tenía ganas de bromear. ¿Cuándo se había visto que el viento se llevase una casa tan grande como aquélla por el aire? Y como el padre estaba tan serio como la abuela, pensó que algo pasaba, pero no sabía qué. Ya iba a ir hacia la cocina

para preguntarle a ella de nuevo, cuando el padre lo llamó:

—Ven a ayudarme a llevar las gallinas y los pollos.

—*Pa* dónde?

—*Pa* la casa de tabaco.

—¿Y por qué?

—*Pa* que el viento no se los lleve.

¡Y dale con el viento! Es verdad que soplaban el aire y que las matas se movían y las hojas volaban. Pero eso había sucedido otras veces, cuando venía una tormenta muy grande. El padre ya le alargaba los primeros pollos, y él observó que el jaulón estaba lleno.

—¿Cuándo los metiste ahí?

—Anoche. Me pasé *toa* la noche cogiéndolos de encima de los árboles.

—¿Y *pa* qué?

—Ya te lo dije. *Pa* que el ciclón no se los lleve.

El otro me mató casi *toa* la cría.

—¿Y *pa* qué dejas que el hombre gordo llegue hasta el bohío? ¡Métele un tiro con la pistola *pa* que no se lleve los pollos!

—¿De qué hombre gordo estás hablando?

—De ése que se llama Ciclón.

El padre lo miró un instante con estupor y, de pronto, comprendió. Comenzó a reír y a reír, con aquella su risa fuerte y contagiosa.

—¿Quién te dijo que el ciclón es un señor gordo?

—Nadie. Yo que lo sé.

—¿Cómo que lo sabes?

—Se llama Ciclón, ¿no? ¡Pues tiene que ser gordo!

El padre se doblaba por la cintura, y acudió la abuela, sujetándose las faldas para que no se le levantasen, pero dejando todas las canillas al aire.

—¿Qué es lo que pasa?

—Que Nachito se ha creído que el ciclón es un señor gordo que se viene a llevar las gallinas.

Ahora rió la abuela. Nachito estaba amoscado.

—Bueno; si no es gordo, será flaco...

Y vuelta la risa. Los dos se habían olvidado de todo por un momento y reían como locos. El niño se enfadó y dio una patada en el suelo.

—Bueno, ¿y de qué se ríen? ¿No es gordo ni flaco? ¿Entonces, qué es?

Después que se hubieron calmado, el padre le explicó lo que era un ciclón. Tuvo que repetírselo varias veces, porque el niño no lo entendía muy bien. Y cuando estuvo completamente enterado, se puso muy alegre, porque pensó que un ciclón era algo muy divertido. El padre y la abuela no lo creían así, y volvieron a sus caras largas y a su trabajo febril.

Poco a poco, las gallinas, los guanajos, la chiva, los patos, todo estuvo encerrado en la casa de tabaco. La abuela había revisado a las gallinas, y las que tenían

huevo las metió en el bohío, debajo de unos cajones y de unas latas de manteca, para que no rompieran las posturas. La casa estaba que daba grima, pero a Nachito le gustaba aquel alboroto. De pronto se acordó que faltaba algo:

—¿Y los guineos? ¿Por qué no los encierras?

—A éstos no hay quien los coja. Son muy jíbaros. No te preocupes; se esconderán en el cañaveral, y los que no se ahoguen, volverán. Ellos saben mucho.

—¡Micachis! ¡Ahogaos no sirven pa na!

La finca se fue sumiendo poco a poco en una débil y extraña semioscuridad. El viento ululaba de un solo lado, y el padre, asomado en el portal, miraba las nubes preocupado.

—Si cambiara de rumbo.

—No, que venga —dijo Nachito—. Quiero saber lo que es un ciclón.

—Mejor que no lo sepas.

—¿Por qué?

—Tumba las casas, desborda los ríos, ahoga el *ganao*, mata a la gente. Es la ruina.

Y encendió un cigarro y lo botó en seguida, y volvió a encender otro. Nachito se hizo el disimulado y recogió el cigarro del suelo; miró al padre de reajo y, rápido, le dio una fumada. El humo le encandiló los ojos y le hizo cosquillas en la garganta. Tosió.

—¿Qué haces?

—Na. Estaba apagando este cigarro —y lo hizo polvo con el pie, mientras aguantaba como un hombre las ganas de toser que tenía.

La abuela gritó desde dentro:

—Oye, *m'ijo*, lo que está diciendo la radio.

Los dos entraron. Nachito oía los partes y aquello de trancar bien las puertas, limpiar las azoteas, quitar los cines; y no entendía nada. Le gustaba el aire fuerte que le azotaba el rostro, y que tenía un olor nuevo que él nunca antes había aspirado.

A eso de las ocho la oscuridad era casi completa dentro de la casa, pero fuera una luz difusa se enseñoreaba de todo. El viento, a rachas, armaba como una pelea de gatos encelados encima del techo. Dos ratas, mojas y pavoridas, entraron en la casa, cayendo del guano, y la abuela y el padre las mataron a escobazos. Todo retemblaba, y polvo, tierra menuda, hojas secas y hasta pequeñas ramas se colaban dentro, cayendo desde el techo o metiéndose por las rendijas de la puerta. Nachito miraba hacia afuera por una ranura entre dos tablas, siempre hacia el camino, para no perderse nada cuando el ciclón, esa cosa extraña y misteriosa, entrara por allí.

—Niño, quita de ahí las narices, que te las vas a poner ñatas —le decía la abuela mientras encendía otro quinqué. Todos los quinqués habían salido a relucir.

—Vas a acabar con el *lubrillante*. ¿Pa qué tanto quinqué? —dijo el padre.

—Voy a hacer chocolate.

—¿Qué vas a hacer? —gritó Nachito, que no había oído bien.

—Chocolate.

—¿Chocolate?

—Es verdad; no sabes lo que es. Tú nunca lo has probado. Vamos a ver si te gusta.

—¡Ah, es comida! —dijo despectivamente el niño, que ahora no estaba para eso. Y pegó de nuevo la nariz a la rendija, oliendo fuerte y mirando lo que afuera sucedía.

El padre se puso a clavar otra tranca en la ventana del cuarto y Nachito aprovechó la ocasión para escaparse por la puerta de atrás, donde no hacía viento, y se fue para el portal. ¡Dios, qué remolinos de hojas, de ramas y de lluvia! Los árboles se arqueaban, y parecía que se iban a desgajar o a salir de raíz. Miró para el platanal y lo vio en el suelo, y comenzó a gritar desaforadamente. El padre salió al portal.

—¿Estás loco? ¿Cómo has salido para acá?

—¡El platanal! ¡Está *tumbao*!

—Déjalo. Aquí hay peligro. Viene una lata volando y te corta la cabeza.

Nachito miró y no vio ninguna lata volando, y pensó si su padre se estaría volviendo loco, pues él nunca lo había visto hacer tantos aspavientos.

—Vamos; dale *pa* dentro.

Cuando entraron, un olor fuerte y delicioso se le metió narices adentro, hasta hacerle cosquillas en las mismísimas tripas.

—¿Qué es? —gritó excitado Nachito.

—¿El qué? —brincó asustada la abuela.

—Eso que huele tan rico.

—¡Ah, me habías *asustao*! Eso es chocolate.

—¿Chocolate? ¡Déjame probar!

—No; espera que se enfríe. Si lo pruebas así como está, te quemarías las bembas.

—Y me las quemo.

—¡Puedes creer que no!... ¡Apártate! Espera a que yo sirva! No seas mal *educado*.

—Yo quiero ahora el chocolate —y se empinaba para ver lo que tenía el jarro sobre el fogón, oliendo como un perrito.

La abuela lo cogió y lo sentó en una silla.

—No te muevas hasta que se te avise, ¿oíste? ¡Tan *malcriado* como estás!

Ya nada le interesó a Nachito lo que ocurría fuera. Su corazón estaba preso de un nuevo amor, en forma de jarro, que echaba en el fogón una débil columnita de humo, y en el humo esparcía el más rico aroma que narices humanas hubieran olfateado jamás. Nachito sentía que por momentos se le llenaba la boca de saliva, y, para ganar tiempo, acercó el taburete a la mesa,

cogió su jarrito de lata y, como en las grandes ocasiones, se puso un trapo a modo de servilleta amarrado al cuello. La abuela se volvió y le clavó una mirada terrible.

—¡Qué prisa tienes! Deja que se repose un poco. Está muy caliente.

—A mí me gusta caliente.

—Caliente da retortijones de barriga.

—¡A mí me gusta caliente y me gustan los retortijones de barriga! ¡Ya está!

—¿Qué sabes tú, si nunca lo has *proba*o?

—A mí me gusta caliente. ¡Dámelo! —afirmó rotundamente Nachito.

—Acabas con la paciencia de un santo. *M'ijo*, ven *pa* la mesa, que lo voy a servir. ¡*Condenao* muchacho! ¡Tiene la cabeza más dura que un coco seco! *M'ijo*, vamos.

—Hay una gotera en el cuarto del niño.

—¡Y dale con las goteras! Pipo, ven *pa* acá —urgió impaciente.

—Hay una gotera tremenda.

—Ponle mi orinal.

El padre rió, y lo puso, como él lo indicara. No se le había ocurrido. Vino hacia la mesa.

—El día está como para chocolate. Hay humedad, y fresco —dijo la abuela.

—Y huele bien —repuso el padre.

—Lo hice cargadito.

—¿Le echaste una yema?

—Como siempre.

—¿A la española?

—A la española. A mí clarito no me gusta.

—Bueno, se van a dejar de hablar boberías, y me sirves mi chocolate, abuela?

—¡Jesús, qué niño!

—Vamos, sírvele a él primero. Chocolate de ciclón

—recalcó el padre, y le hizo una caricia, alborotándole el pelo rubio.

La abuela fue al fogón, cogió un papel doblado y agarró el jarro, que humeaba. Lo alzó hasta el techo y lo bajó luego solemnemente, con una cara risueña y pícara, para cuquear la impaciencia del nieto. El niño la miraba con los ojos encandilados y media lengua fuera de su sitio, relamiéndose de antemano. Y cuando estuvo junto a la mesa, alargó la mano:

—No toques el jarro, y no te pegues, no sea que salte el líquido y te achicharre. Esto quema más que leche de guao.

—Huele bien —volvió a afirmar el padre—. Debe estar sabroso.

—¡Apura, chica!

La abuela inclinó el jarro, y de su interior salió aquella masa líquida, pero espesa, oscura, ennegrecida aún más por la oscuridad reinante, y fue cayendo dentro del jarrito del niño. Nachito abrió mucho los ojos. La respiración se le contuvo; y pronto, un gesto de asco y de desaliento entremezclados se adueñó de su rostro, momentos antes tan afanoso. Y dejó escapar una exclamación:

—¡*Micachis*, abuela! ¡Está *achicharrao*! ¡Tanto hablaste, que se te quemó! ¡Está más negro que el carbón!

El padre reía y reía y reía. Parecía que iba a rajarse el taburete. La abuela exclamó:

—¡Qué muchacho! ¡Qué cosas se le ocurren!

—¡Está *quemao*! ¡No lo quiero! y se fue refunfuñando y llorando a su cuarto, dándole una patada al orinal de la gotera.

Tras mucho hablarle y explicarle, el padre lo convenció de que aquello estaba en orden, y como ya estaba frío, lo probó. Primero, receloso; después, con curiosidad, más tarde, paladeándolo, y por último, engulléndolo, haciéndose un gran bigote carmelita con el chocolate.

Aquel ciclón se fue y no hizo mayor daño en el sitio. Pero cuando hablaban de ciclones, Nachito pensaba que ciclón quería decir chocolate, y deseaba que viniera uno todos los días.

## LÁGRIMAS



Las gallinas, en fila, iban detrás del arado cantando bajito. La tierra se abría y de su entraña salían minúsculos animalejos brotados a la luz sorpresivamente, de los cuales las aves daban cuenta enseguida, en un breve corre-corre, con el pico alargado sobre la tierra y las alas extendidas. Nachito las miraba devorar los bichos, y sonreía.

—¡Qué *gandías!* ¡Por eso tienen siempre el buche que les explota!

—¡Musicón! ¡Cara 'e luna! —gritaba el padre a los bueyes remolones.

El arado chillaba y los surcos se abrían rectos, y de las entrañas de la tierra salía un vaporcito que sorprendía a Nachito.

—Pipo, ¿los bichos fuman?

—¿Cómo que fuman?

—Mira el humo que echa la tierra.

El padre se echó a reír como de costumbre.

—Siempre te ríes de lo que digo —protestó amoscado Nachito.

—Eso es el vapor. La tierra está caliente y húmeda. Cuando la pongo barriga al aire, sale el vapor. Eso es lo que ves. El sol tiene que ver también con eso.

—¡Ah! —pero se quedó como antes, sin saber lo que era el vapor.

El sol caía a plomo y los penachos de las palmas que bordeaban la guardarraya no se movían. Hacía mucho calor. El padre se pasó la mano por la frente, apoyando el pulgar sobre las cejas, y cayó a tierra un chorrillo de sudor. Nachito quiso hacer lo mismo, pero a él no le salía. Estaba fresco, como si el calor no fuera con él.

—¿No tienes calor?

—¿Yo? No.

—¿De qué pasta estarás tú hecho?

—De pasta de guayaba —dijo el niño, risueño, como siempre que el padre le preguntaba lo mismo.

El campesino lo miró sonriente, con una mirada llena de ternura. Había detenido los bueyes para dar una fumada, y estaba allí, frente a su hijo, como quien estuviera frente al más hermoso de los paisajes. Parecía un dios estatuario, con el pecho desnudo y sudoroso,

el sombrero de yarey un tanto levantado sobre la frente, los bíceps poderosos, el traje pobre, la cara, el cuello, los brazos, todo él, cubierto de polvo rojo. Encendió un cigarro y le dio una larga fumada, mirando fijamente a su pequeñuelo, con los ojos entrecerrados por el humo.

—¿Por qué me miras así?

—Estaba pensando.

—¿Pensando qué?

—En lo que será de ti.

—¿Eh?

—Tienes casi seis años. En setiembre comenzarás a ir a la escuela. Ahora sí que tenemos la escuela cerca. Podrás aprender a leer y a escribir.

—Yo no quiero leer ni escribir. Yo quiero pintar muñecos.

—Podrás estudiar... —una pausa. Una bocanada de humo—. ¡Si yo hubiera *podido* estudiar!... —y se quedó un largo rato en silencio, la mirada perdida en no se sabía qué lejanos recuerdos, con un brillo duro y sombrío, no frecuente en él. Unos bueyes distantes mugieron, y Musicón les respondió con un mugido largo y triste.

—Si yo hubiera podido estudiar, ¡otro gallo cantaría!

—¿Otro gallo? ¡Si no ha *cantao* ninguno! . . . Musicón fue el que. . .

El guajiro no lo oyó. La cara se le había puesto turbia, como si un río tormentoso le corriera por dentro. Eran los malos recuerdos, el pasado.

—Sí, pero ya todo eso pasó —y salió de su silencio.

—¿Qué es lo que pasó? —preguntó Nachito, que no entendía nada.

—El *pasao*. La miseria. El plan de machete. El bocabajo. La *salación*.

—Oye, ¿qué tú estás hablando ahí? ¿Eso es conmigo?

—Es verdad. Tú eres muy chiquito. Tú no puedes entender esto.

Lo alzó y lo elevó hasta el sol. Los rayos, atravesando su pelo, se volvían oro, oro purísimo, una riqueza que no podía comprar hombre alguno y que el guajiro gozaba con fruición en aquel momento.

—Tienes ojos claros. . . inteligentes. Podrás estudiar. . . hacerte un hombre. . . Podrás escoger. . . Tendrás una razón de vivir. . . —y volvió a quedarse mirando al vacío.

Nachito se puso serio. El padre le hablaba con una voz nueva, que él no conocía. Sabía que no estaba bromeando, y se puso serio, mientras con una mano le alisaba el pelo que se escapaba rebelde por debajo

del sombrero de yarey. Hubo un largo silencio. Luego, el padre concluyó, dejándolo en tierra suavemente:

—Te podrás casar y tu mujer no se morirá de anemia. Están haciendo hospitales por dondequiera.

¿Tenía lágrimas en los ojos? Al niño le parecieron lágrimas. Pero no se lo pudo decir, porque el hombre se había vuelto de espaldas y ya azuzaba los bueyes con su voz de siempre:

—Musicón! ¡cara 'e Luna!

La tierra se abría gozosa, dejando escapar su olor sabroso y peculiar. El hombre volteó la cara hacia los surcos que se perdían a lo lejos. Los vio en un instante cubiertos de erectas plantas de maíz, dorándose al sol.

—¡Y pensar que esto es ya mío! —murmuró.

Nachito se le pegó y le cogió la mano. Él se la apretó y, con un impulso, lo alzó de nuevo hasta el pecho.

—¿Qué te pasa? —preguntó asustado.

—¡No dejaré que te la quiten!

—¿Que me quiten qué?

—La libertad.

—¡Me estás apretando!

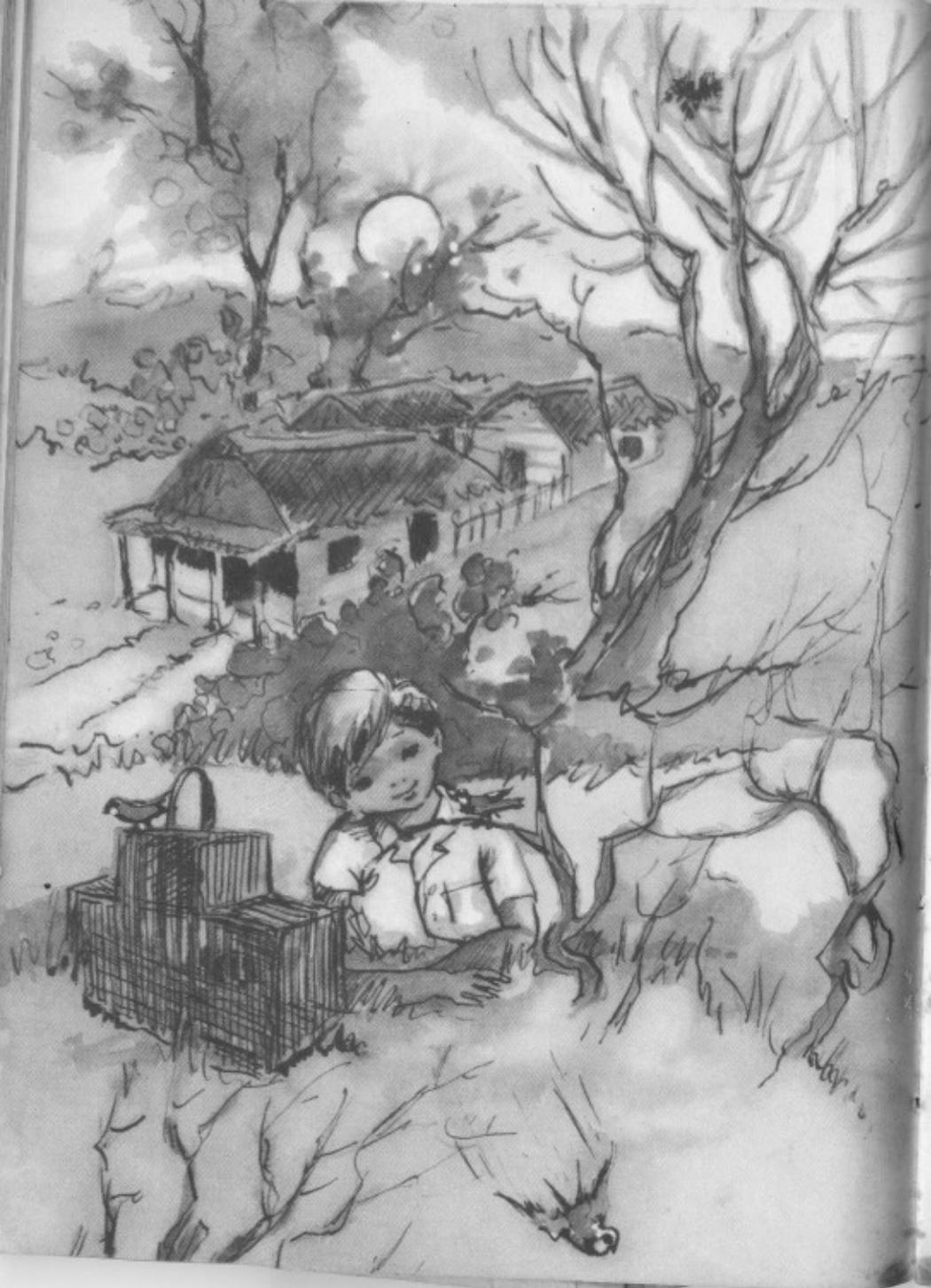
Él aflojó el abrazo, y salió poco a poco de su ensimismamiento. Vio ante sí a su hijo tierno, débil, con la carita angustiada, y, sonriendo, se agachó frente a él.

—Eres como una espiguita. Pero crecerás. Serás hombre y verás... Verás lo bueno que es vivir en una tierra que es toda tuya.

Y Nachito vio otra vez lágrimas en los ojos del padre. Y estiró un dedito y tocó la lágrima, y la lágrima rodó y cayó en la tierra y la tierra la bebió ávida, como diciendo "sí" a aquel riego nuevo de la dicha.



## LOS TOMEGUINES



Vino Julito más hinchado que un pavo real.

—Papá me compró una jaula *pa* cazar tomeguines. Es lo más grande del mundo.

Nachito estaba ocupado en limpiar unas bolas de malanga que su padre estaba metiendo dentro de un saco. Apenas alzó la cabeza.

—¿Ah, sí?

—Tú pareces bobo —le dijo el primo—. Una jaula grande con cuatro trampolines. Metes el señuelo y...

—¿Qué es el señuelo?

—Un tomeguín macho y cantador.

—¡Ah! ¿Y *pa* qué sirve?

—*Pa* coger los otros tomeguines.

—¿Y no sirve una hembra?

—No. El bueno es el macho.

—¿Y *pa* qué tú quieres los tomeguines?

—*Pa* meterlos en una jaula. Y tenerlos.

—Pues yo los tengo ahí a montones, en el campo 'e yuca. Y vienen *pal lao* de la casa.

—Así no sirve.

—Están libres. Papá dice que la libertad es muy buena. ¿No es verdad, pipo?

—¿El qué?

—La libertad.

—Es una cosa buena.

—¿Tú ves?

—Tú eres bobo. Yo te estoy hablando de los tomeguines y tú saltas con eso de la libertad.

—Mejor te pones a ayudar a limpiar la malanga —dijo el padre.

—Está bien, tío —y se puso a ayudar.

Por la tarde, después del almuerzo, dale otra vez con la conversación.

—Mira, Nachito, vamos hasta la orilla de la yuca y verás cómo se cogen los tomeguines.

—¿Cómo es?

—Se posan aquí en el balancín, ¿ves?, y... ¡cataplum!, caen dentro de la trampa.

—¡Qué divertido!

—¿Ves?

—¡Vamos p'allá!

Y se fueron los dos hasta la orilla del campo de yuca. Julito puso la trampa colgando de una rama de un arbusto y se llevó al primo a la sombra de un mango.

—Desde aquí los veremos caer.

La tarde estaba llena de sol, como si fuera domingo, y había brisa. A lo lejos, en el portal, el padre de Julito conversaba con el de Nachito y fumaban tabacos.

—¿Tú fumas tabaco? —le preguntó de repente Nachito a su primo.

—No. Lo fuman los hombres.

—Pues yo no soy hombre y fumé.

—¿Cuándo?

—El otro día, cuando papá se quedó dormido en el sillón, y se le cayó.

—¿El qué?

—El tabaco, ¡qué va a ser!

—¿Y a qué sabía?

—¡A rayos!

Julito se levantó como un resorte.

—¡Diablos! —y escupió por el colmillo—. ¡Mira!

—¿Qué?

—¡Cayó uno! ¿Viste?

—No.

—Del pinar. Míralo, allí está.

—Vamos a cogerlo.

—No; déjalo. Hay más. Con él dentro, pronto cae la hembra.

—¿Sí?

—Sí.

Los tomeguines revoloteaban cantando en derredor de la jaula, atraídos por el canto del señuelo. Los

había del pinar, machos, con su hermoso collar negro y naranja, y de la tierra, más humildes de color, pero igualmente bellos en su nervioso movimiento. Llenos de celos, los machos se lanzaban contra la jaula, tratando de entablar lucha con el prisionero, que los desafiaba con su canto repetido. Erizadas las plumas, cantando seguida y estridentemente, pugnaban por entrar, hasta que, posándose en los balancines, iban a caer en el interior de la jaula. Aquella movida escena entretenía a Nachito y excitaba a su primo que, egoísta, quería más y más, con una avaricia que el niño no podía comprender. De pronto resonó una voz a lo lejos, como un largo pitido de tren:

—¡Niiiiiiiños, la merieeeeenda!

Nachito volteó la cabeza y vio a la abuela en el portal, y le pareció más alta y más flaca que otras veces.

—¿Vamos?

—Vamos.

Y ya en el camino:

—¿Qué vas a hacer luego con todos esos bichos?

—Me los llevo *pa* la casa y los meto en un jaulón.

—¿Y si se mueren?

—Algunos se ponen perros, *jociquean* contra los barrotes, no comen y se mueren. Son burros; con *to* el alimento que yo les pongo, ya no tienen que tra-

bajar buscándolo. Aquí sueltos, hasta los coge el cernícalo y les arranca la cabeza.

—Pero ellos prefieren estar libres.

—Son idiotas. Eso es lo que son.

—Mejor los sueltas —dijo Nachito de repente.

—¿Tú estás loco?

—Mañana vienes otra vez y los coges de nuevo.

—¿Y qué sentido tiene eso?

—Así no se mueren.

—Tú no sabes *na* de tomeguines. Si los suelto, se lo cuentan unos a otros y ya no cae ninguno más.

—¿De veras?

—¡Tú no sabes bien lo vivos que son!

—¡No me digas! —y Nachito sonrió enigmáticamente.

Llegaron a la casa y cada uno agarró su pañ con timba y se pusieron a comer, sentados en el quicio del portal. Los hombres se habían ido para el fondo de la finca, a ver un torete que tenía bichos en el ombligo, y lo iban a curar. Julito, cuando acabó de comer, cogió una güira seca y se puso a tirarla al aire como una pelota. La abuela cabeceaba en una comadrita, con los brazos colgándole que tocaban el suelo. Nachito se escurrió hasta el fondo de la casa y se puso a mirar la jaula de los tomeguines. Cabeceaban ya sin cantar y se hacían daño contra los güines. Algunos

sangraban un poco. Otros picoteaban la harina de maíz. Los más estaban en el piso de la jaula, con el pico debajo del ala, tristes, como bolitas de plumas.

—Esos se van a morir —pensó Nachito.

Y, como si lo hubiera oído, uno de ellos sacó la cabecita, lo miró fijo, parpadeó dos o tres veces y volvió a meter resignadamente el piquito debajo del ala. Entonces Nachito se los imaginó tirados en el piso de la jaula, boca arriba, con las negras patitas tiasas en el aire y con muchas hormigas bravas caminándoles por todo el cuerpo. Y no lo pensó más.

A eso de las cinco se armó el *titingó*. Julito, que había ido a dar una vuelta a sus tomeguines, comenzó a gritar como un cochino colgado por el rabo. Los dos hombres acudieron, y a la abuela se le cayó al suelo el jarro donde estaba hirviendo la borra.

—¿Qué rayos ha *pasao*?

—Los tomeguines. Me los soltaron.

—¿Cómo que te los soltaron?

—Sí, los dejé aquí y se fueron. Tenían la puerta abierta.

—No la habrás cerrado bien.

—Estaba bien *trancá*. Me los han *soltao*.

—¿Quién te los va a haber *soltao*?

—Nachito. Fuiste tú —lo acusó convulso.

—¿Yo?

—No he visto a Nachito ir *pa'l* fondo. Yo estaba aquí y...

—Tú estabas *dormía* y roncando.

—¿Roncando yo? ¡Habrás visto niño más insolente? ¿Quién te dijo que yo ronco? ¡En la vida!

—Yo no alcanzo. Yo soy chiquito —se defendió Nachito.

—¡Y bien que sí! Él no alcanza. Tú eres un mal *pensao*. ¡Mira que decir que yo ronco!

—Nachito lo que es, es un...

—Arrea *pa* casa —se cansó el padre.

—¡Me los ha *soltao* y me las tiene que pagar!

—¡Vamos, arrea *pa* casa! —y lo empujó por el codo que por poco besa la tierra.

—¡No voy *na*! ¡No voy *na*! —se encabritó.

Sonó la galleta y Nachito se quiso reír. ¡Qué puntería tenía el tío! ¡Le dio en el mismo centro del cachete! Viró la cara y se mordió los labios. Julito cargó con la jaula y salió corriendo y chillando, más rojo que semilla de cundiamor. Cuando estuvo lejos:

—¡Me soltaste hasta el señuelo, pero me la vas a pagar!

—¡Habrás visto crío más rencoroso! —se asombró la abuela.

—Le voy a dar un coscorrón que...

—No, déjalo, son cosas de muchacho —apaciguó el padre.

—Le desbarato la jaula en cuanto llegue a casa.

—Haces muy bien —empujó la abuela, pues como había acusado a su nieto le había cogido de pronto una tierra enorme a Julito.

—Mamá, tú te callas. Danos café, anda.

Nachito se sentó en el suelo, entre las yerbas. Arrancó una y se la metió en la boca. Sabía bien, dulcecita. Algo atrajo su atención. Una colita gris, con el pecho negro-amarillo-naranja, brincó delante de él. Picó dos o tres veces en el alpistillo y luego alzó el vuelo y se posó en una rama seca, y desde allí lanzó una alegre clarinada de trinos cortos y repetidos, que fue contestada inmediatamente por otros tomeguines ocultos. Nachito sonrió y le hizo una mueca.

—Te gusta la libertad, ¿eh? ¡Pues que se fastidie Julito!

Una lagartija sacaba y metía su pañuelo <sup>blanco</sup> rojo, como felicitándolo por su hazaña.



## EL CUMPLEAÑOS



Desde por la mañana había alboroto en el sitio. La abuela se había levantado todavía a oscuras, y el padre ya había encendido el fuego fuera, con los troncos que había apilado el día anterior. Aunque los dos hicieron el menor ruido posible para que no se despertara Nachito, ya éste estaba en pie, como su madre lo trajo al mundo, asomado a la ventana de la cocina que da al patio.

—Y... ¿qué vas a hacer?

—Matar un cochino.

—¿Hay fiesta?

—Hoy es tu cumpleaños. ¿Lo olvidaste?

—¡Ah, es verdad!

Y se llenó de alegría y empezó a brincar, con sus redondas nalguitas de gelatina brillando en el aire.

—Muchacho, ¿no te da vergüenza? ¡Vaya a vestirse!

—Hace calor —dijo el padre—. Déjalo como está.

—No, señor. La ropa se hizo para ponérsela uno. Venga para acá, que está igualitico que Adán.

—¿Qué Adán? ¿Y cómo estaba ése?

—Encueruso, en el Paraíso.

—¿Y qué es el Paraíso?

—¡Ah, yo qué sé! No lo he visto nunca. ¡Ay, qué niño este más preguntón! ¡Lo pone a uno en evidencia!

Lo vistió. Le dio un beso y, luego, un coscorrón, porque no se quería tomar la leche. Estaba excitado. La matanza del lechón era siempre un acontecimiento para él. Mientras, la abuela trataba de peinarlo.

—Pipo, yo le agarro el rabo —le gritó al padre.

Y el padre:

—Pero bien fuerte, que la otra vez por poco se te escapa el lechón.

—¡Bah!, era porque yo estaba muy chiquito.

—¡Y ahora eres todo un hombre! ¡Resalío! Ya estás —y la abuela le dio un papirotazo con el peine.

Nachito corrió junto a su padre y se puso a hacerle mil preguntas.

—¿Ya pusiste el agua caliente?

—¿No la ves?

—¿Afilaste el cuchillo?

—Corta un pelo en el aire.

—¿Y el cubo *pa* la gandinga?

—Anda y tráelo.

Fue y lo trajo.

—¿Quiénes vienen?

—Dos o tres nada más.

—Tan pocos. ¿Es que el lechón es chiquito?

—No, el lechón es grande. Pero vienen pocos.

—¿Quiénes?

—Julito y sus padres...

—Julito... ¡hum!... ¿Y quién más?

—Nemesio y la señora.

—¿La que come tabaco?

—¡Nachito!

—¿Y quién más?

—Juan.

—¿Con el tractor?

—No sé si vendrá con el tractor.

—Si no viene con el tractor, no come lechón.

Nachito tenía delirio con el tractor de Juan y con su "yipi". Cuando él venía, no hacía más que subirse al carro y revisarlo todo. Había que quitarle la llave del encendido, porque ya hasta había aprendido a darle al chucho. Se pasó toda la mañana hablando de eso.

Ya estaba muerto el lechón, colgado del tamarindo y limpio, y ya andaba su padre colgando la hamaca para asarlo, cuando llegaron Julito y su padre.

—¿Dónde están los chicharrones? —gritó Julito, sin saludar siquiera.

—Pareces bobo —le dijo Nachito, y señaló el cadáver del cerdo que colgaba crudo del árbol.

—A mí lo que me gustan son los chicharrones. ¿No han freído?

—No.

—¿Quién lo mató?

—Yo y pipo. Lo agarré por el rabo.

—¡Bah, el rabo! ¡Eso lo hace cualquiera!

Nachito iba a responderle, pero se calló. Recordaba lo de los tomequines y no quería peleas con su primo, que parecía que lo había olvidado todo.

—Pipo, ¿cogemos limones para el mojito?

Los dos hombres se rieron.

—Siempre tiene una ocurrencia —dijo el padre, embobado—. Anda, cógelos.

Los dos emprendieron una carrera hacia los limones.

—En ésa no.

—¿Por qué?

—Porque hay un nido de sinsontes.

—¿Tienen pichones?

—No.

—¿Y huevos?

—Tampoco.

—¡Bah, entonces no sirve!

Tenía sinsontes pichones, pero Nachito no se fiaba de aquel cazador de pájaros y por eso lo alejó de aquel lugar.

Llegaron con las manos llenas de limones. Los hombres estaban acomodando el puerco en la hamaca, sobre el fuego. La abuela traía una taza con mojo y una escobita hecha con hojas de mazorca.

—No tiene gota de grasa —ponderó el padre.

—Está de primera —señaló el padre de Julito.

—*Criao* cimarrón en el monte de encinos. \*

—Las bellotas son un buen alimento.

—¿Vas a tumbar los cocos?

—No, que vaya tu tío con ustedes. Yo tengo que hacer.

—Vamos.

Cuando llegaron al cocotal, el padre de Julito se quitó los zapatos y la camisa y se trepó como un mono. Ellos quisieron hacer lo mismo, pero no pudieron.

—No puedo con los *tenis*. El otro día estaba descalzo y subí.

—Mentira.

—Verdad.

—A ver, descálzate.

—Abuela no me deja.

—¡Abuela no te deja! Lo que pasa es que eres un cuentista.

\* En Viñales, en Puerto Esperanza y en otras partes del extremo occidental de Pinar del Río, hay vastos montes de encinas.

Cayó el primer coco y por poco le da en la cabeza a Julito. Nachito dio un salto y se alejó. En eso vio que llegaba Juan con su "yipi" y salió disparado.

—¡Juuaan! ¡Déjame manejarlo!

—Como que no.

Juan lo alzó y lo hizo volar por los aires, cosa que le gustaba a Nachito. Reían los dos, alborotando a los guanajos debajo del naranjo. De pronto el hombrón se puso serio.

—¿Dónde está tu viejo?

—Atrás de la casa, con el lechón.

Juan lo alzó, cargó y lo puso dentro del carro, y se dirigió al fondo. En cuanto vio la cara que traía, él, que estaba remojando cuidadosamente el cochino, comprendió que algo ocurría.

—¿Qué pasa?

—Han *atacao* esta *madrugá*.

—¿Atacar? ¿Por dónde?

—Por Matanzas, creo. Un lugar que le llaman Girón, en la Bahía de Cochinos. Me han *mandao* a pasarle aviso a todos. ¿Está Julio aquí?

—Está tumbando cocos. ¿Tiene que ir también?

—También. Todos.

—Pues andando.

—¿Y el puerco?

—Mi vieja se entiende.

Llegó la abuela con dos tazas de café.

—Mamá, nos vamos.

—¿Irse?

—Sí. No hagas comentarios *pa* que no se asusten los muchachos. Nos han *llamao*. Me pongo el uniforme y salimos.

—¿Pasa algo? —lloriqueó la abuela.

—No. Una reunión. Urgente, ¿comprendes? Cuida de los niños. Me da pena dejarte con todo.

—No. *Horitica* llegan Nemesio y su mujer, y la mujer de Julio, que ésa pega como es. No te dé pena —y sorbió ruidosamente su preocupación.

Unos minutos después los tres hombres se alejaron, levantando una nube de polvo. La abuela lloraba y se limpiaba las lágrimas con el delantal. Los niños no sabían lo que ocurría. En eso llegó Nemesio y se fue de la lengua, igual que su mujer, y lo contaron todo. El país estaba en pie de guerra. Salían camiones y tanques de todos lados. Fidel estaba en Matanzas, y también Almejeiras. Los americanos estaban berreando por la radio. Cuando oyó lo de los americanos, la abuela dejó de llorar y dijo secamente:

—¡Ay, si fuera yo hombre y tuviera un arma!

—No va a pasar *na*, vieja —la consoló Nemesio.

—Claro que no. ¡El pueblo está *armao*! —y, diciendo esto, se puso bonita la anciana.

Nachito miró a Nemesio y luego a la abuela, muy serio. Puso los brazos en jarras, y dijo:

—Yo voy a ser pionero, que me lo dijo mi papá, y luego joven comunista, y luego *soldao*, y defenderé a Cuba. ¿Verdad, abuela?

La abuela miró al nieto y se quedó callada. Luego se inclinó y lo alzó y lo besó en la frente, y allí donde le dio el beso parecía que brillaba más el sol.



## LA ESCUELA



Aquella visita decidió que fuera a la escuela.

—Es más malo que la quina —dijo la abuela.

—Todos los muchachos son iguales —sonrió la maestra.

Era joven, delgada, rubia, con los ojos azules y húmedos, como de torcaza. La sonrisa abierta, fresca, franca. Era nerviosa y lo quería arreglar todo en un minuto. Por eso le gustó a Nachito.

—Quieres ver los conejos... y la jutía? Se llama Panchita.

Y se la llevó, cogida de la mano, como madre e hijo. Eso mismo le pareció al padre, y se lo dijo a la abuela, que asintió con la cabeza, se secó una lágrima y se sonó la nariz.

—En la escuela estará bien. Se entretendrá y aprenderá cosas.

Y el padre pensó que la ternura y los besos de una mujer también eran necesarios. Por eso lo dispuso todo para que el lunes ingresara en el colegio.

Nachito tenía a todos locos con sus preguntas: que si esto, que si aquello... Quería libretas, libros, lápices, gomas... La abuela no veía la hora en que saldría aquel torbellino para la escuela.

El lunes amaneció con Nachito a horcajadas sobre su padre, que despertó sobresaltado.

—¡Eh! ¿Qué pasa?

—Que es lunes ya. Levántate. Hay que ir a la escuela.

—¿Qué hora es?

—Las cinco menos cuarto —dijo la abuela, que se estaba peinando su mata de pelo frente al quinqué.

—¡Pero, muchacho! —y comenzó a retozar con él, mordiéndolo en las orejas y haciéndole cosquillas en la barriga con la barba. Nachito reía, tirando patadas al aire y dándole puñetazos.

—¡Te como! ¡Yo soy un león! ¡Te como!

—Tú no eres león *na*. Tú eres bobo y no me comes *na*.

—¿Que no? ¡Ahora verás!

Gruñía, lo alzaba, lo zarandeaba, lo tiraba al aire, lo volvía a coger, le daba mordiscos, lo apretujaba, y Nachito chillaba y reía a más no poder. Era su gozo mañanero, el pago de todos sus sacrificios, su gloria suprema, aquel retozo con su hijo. Nachito lo sabía

y le pagaba con igual cariño, mordiéndolo en la nariz, tirándole del pelo, saltándole sobre el vientre, como un jinete sobre un caballo.

—Bueno, ¡basta! —gritó la abuela—. Parecen dos muchachos. *Alevántense*, que hay mucho que hacer.

—Vísteme, abuela.

—¡Que te crees tú eso! Todavía falta mucho para ir a la escuela. Con lo cochino que tú eres, te embarrarías en menos de lo que canta un gallo.

—¡Que me vistas! ¡Que me vistas, que me vistas! ¡Voy a llegar tarde!

No llegaron tarde. Fueron los primeros. La escuela era un encanto a la vista. Nuevecita, en medio de aquel campo donde florecía el romerillo, <sup>y las nicarajás</sup> con aquellas palmas hasta el horizonte y una ceiba grande con un tronco como una casa, contrastaba con los humildes bohíos que se agrupaban a lo largo de la vieja carretera.

La maestra salió al portal y los recibió con una sonrisa abierta. Besó a Nachito, que le preguntó:

—¿A qué hueles?

—¿Te gusta?

—Sí.

—Es jazmín.

—¡Qué rico! —y se le apretó contra el pecho y contra aquel perfume.

El padre los miró, y sintió que algo pequeñito y muy grande al mismo tiempo le apretujaba el corazón.

—¿No quiere pasar? Venga para que vea el aula.

Él se quitó el sombrero. Entraron. Ella abrió las ventanas y se coló la luz a raudales y doró pupitres, pizarras y los cuadros de los patriotas. Un rayo de sol dio directamente sobre la frente de Martí y otro sobre la barba nazarena de Camilo.

—¿Aquí te sentarás tú? ¿Te gusta tu pupitre?

—Sí.

—¿Vas a estudiar?

—No.

—¿Qué vas a hacer?

—Jugar contigo.

Llegaron otros muchachos con sus risas y con sus libros, obligando al silencio a buscar refugio en los mogotes cercanos. Muchos eran conocidos de Nachito; otros, no. Pero él hacía amistades a la carrera.

El padre decidió irse.

—Bueno, pórtate bien.

—Sí.

—Estudia mucho.

—No. Yo quiero jugar —y salió corriendo.

La maestra sonrió y extendió la mano.

—Estudiará, cómo que no. Y se hará hombre. Ahora tiene un porvenir.

—Y bien que sí. Ahora sí.

El no sabía cómo soltar la mano, lleno de agradecimiento.

—Gracias —dijo simplemente—. Gracias por todo. Es usted muy buena.

—Vamos, no diga eso —se ruborizó ella—. Me gusta ser maestra. Me gustan los niños.

Salieron al portal. Los muchachos gritaban, reían, alzaban sus manitas detrás de la pelota, corrían; uno iba detrás de una mariposa amarilla, y Nachito, entre ellos, era una espiguita dorada de raudos movimientos.

—Es feliz. Cuídemelo —se despidió él con voz enronquecida.

—Descuide...

—Hasta luego, maestra.

—Hasta luego, compañero.

Todavía se volteó a lo lejos, mirando al grupo de niños, adivinando al suyo.

Una campana convocó a filas. El juego cesó. Se formaron dos hileras.

—Buenos días —dijo ella con voz cantarina.

—Buenos días —contestaron musicalmente, a coro, todos los muchachos.

“Efectivamente, éste es un buen día”, pensó el campesino.

A una señal, entraron todos. Nachito a la cabeza, pues era el más pequeñito.

El silencio volvió a bajar de los mogotes donde se había refugiado y se extendió por el sitio. Un sabanero, posado en una rama, cantaba a la mañana.



Este libro se terminó de imprimir el día 15 de febrero de 1965, "Año de la Agricultura", en la ciudad de La Habana, en la Unidad 206-01, de la "Empresa Consolidada de Artes Gráficas".